

Santiago Mata

EL SECRETO DE LA
VIRGEN DE
GUADALUPE



La Noche Triste y la Purísima.....	9
Zumárraga y los franciscanos.....	45
Nezahualcóyotl, la prueba y el intercesor.....	73
El pasado guerrero de Cuauhtlatoac.....	87
El Quinto Sol.....	103
Martes 12 de diciembre de 1531	119
La tilma.....	139
Acerca del autor	173

PRÓLOGO

El amor personal de la Virgen

Vivimos tiempos en los que la espiritualidad parece haber quedado desfasada, como si fuera una especie de etapa evolutiva primitiva que nuestra moderna y sofisticada sociedad hubiera superado. Al menos, ese es el mensaje que en buena medida está presente en los medios y supuestamente en la opinión pública. Sin embargo, hay numerosas señales que nos indican que la espiritualidad es un aspecto fundamental de la experiencia humana. El ser humano tiene una necesidad de trascendencia intrínseca que no puede ser negada sin reduccionismos. *El secreto de la Virgen de Guadalupe* surge de la constatación del vivo interés por la Virgen de Guadalupe en las redes sociales. En concreto, se puede ver en el enorme número de visitas de los vídeos de Youtube que tratan sobre esta advocación, que nos indica que es algo que sigue captando la atención de muchas personas cuando pueden decidir qué contenidos quieren conocer. Recuerdo cómo Santiago Mata me contaba una tarde sobre este descubrimiento y sobre la necesidad de escribir un relato para ahondar en la naturaleza y el significado del extraordinario hecho protagonizado por el santo Juan Diego Cuauhtlatatzin. Esta novela nos sitúa en el contexto social de manera muy completa para entender mejor cómo la aparición de la Virgen supuso un cambio radical en las vidas de quienes lo conocieron y en la situación misma del encuentro entre los indígenas de México y los españoles que se hallaban allí.

Santiago Mata presenta con gran precisión datos históricos, sociales, políticos y culturales que permiten comprender mejor no

solo la advocación, sino la situación en la que el testimonio de Juan Diego provoca en principio el recelo de los que le rodean. Asimismo, este personaje mantiene una relación muy especial con la Virgen, que lo guía en su misión para que entienda y luche por la alta misión que le es asignada sin desanimarse. La narrativa ficticia de Santiago Mata se caracteriza por los narradores muy hábiles que nos permiten reflexionar sobre nosotros mismos. *El secreto de la Virgen de Guadalupe* es su segunda novela y en este caso no solo nos guía para conocer el complejo mundo de México justo después de la conquista, sino que las problemáticas que se plantean tienen mucho que ver con el presente. De modo que esta novela no sería un reflejo de una sociedad concreta, sino que daría lugar a una lectura antropológica acerca de nuestra ceguera para lo verdaderamente importante y para tener la fe humilde y firme que ostenta Juan Diego. Este personaje convertido al cristianismo se transforma en el texto en una conciencia clarividente para denunciar los mitos y otras falsas creencias que obstaculizan a una sociedad y para revelar al resto cómo hacer un camino de verdadero encuentro con la Virgen.

El secreto de la Virgen de Guadalupe es una novela que nos invita a conocer y pensar sobre muchas cuestiones históricas y espirituales que hacen que su lectura sea muy interesante y, sin embargo, está narrada con el estilo sencillo y humilde que debió tener el propio Juan Diego. Es especialmente hermoso cómo el conjunto del texto va llevando al lector hasta la cálida relación entre este y la Virgen, donde el lector será también partícipe del milagro.

Santiago Sevilla. Escritor

La cuenca de México hacia 1519

a la llegada de los españoles





La Noche Triste y la Purísima

Con flores escribes las cosas, ¡Oh Dador de la vida!

Suelo cantar este verso cuando contemplo flores, también las pobres florecillas amarillentas que encuentro caminando desde mi hogar, a los pies del Cerro de las Águilas, en dirección a la ciudad de Tenochtitlan, capital de México. El de este cerro es, por cierto, un nombre con el que me siento identificado, pues yo mismo me llamo Águila que habla.

En vez de arrimarme a la orilla del gran lago al que da nombre la capital de mi pueblo, Texcoco, por temor a caer al agua de noche, hago mi viaje por el interior de la montaña, pasando entre dos cerros de esta Sierra: uno es el que llaman Zacatenco, a mi derecha, y el otro el que llaman Peñas Oscuras, a mi izquierda. Tras ellos espero ver aparecer el cerro que por su apariencia de nariz llaman Tepeyacac, pues en mi lengua *tépec* significa cerro y *yácatl* significa nariz.

En verdad que deseo ver el Tepeyacac porque indica que voy por buen camino y también porque indicará el final de esta noche. Y es que esta es una noche terrible donde las haya, posiblemente la más oscura del año, pues no hay luna y para colmo está cerca de ser la noche más larga del año, con lo que sumando la falta de luna es sin duda ésta la más oscura.

Y en esta noche que se me asemeja la más oscura de toda una vida, o aquella cuya oscuridad haya sentido con más fuerza, no

puedo dejar de evocar aquella otra noche que llamaron Noche Triste, que me fue relatada por uno de los que la vivieron, y que fue en verdad terrible.

Este personaje no era otro que el morisco Juan Garrido. A este antiguo musulmán convertido al cristianismo, me lo presentó uno de sus siervos, llamado Pedro, natural de mi misma tierra, es decir otro acolhua de Texcoco, y como yo bautizado, que además conoce la lengua española. Y puesto que digo el nombre de bautizado de Pedro, diré también el mío, que es Juan Diego.

Según contaba el morisco Juan Garrido y nos transmitió Pedro a los demás naturales que le ayudamos en la construcción de la iglesia de san Hipólito, cuando los españoles huían a escondidas de Tenochtitlan, después de que el rey de los mexicas, Moctezuma, hubiera muerto tras ser apedreado por sus propios súbditos mientras negociaba la salida de Cortés, en la noche del 30 de junio de 1520, los españoles y sus aliados de Tlaxcala fueron descubiertos y emboscados en la calzada de Tlacopan, es decir, en la salida de la ciudad de Tenochtitlan sobre el lago hacia el oeste, por los guerreros apostados por orden del nuevo rey de los mexicas, Cuitláhuac, hermano y sucesor de Moctezuma.

En el lugar de la calzada que sale desde Tenochtitlan hacia Tlacopan que después se llamaría Puente de Alvarado, las barcas que la formaban cedieron bajo el peso de los fugados y sus pertrechos, y unos 600 españoles más casi todo el millar de indios naturales de Tlaxcala que los acompañaban, murieron o fueron capturados y después sacrificados a los dioses mexicas por orden de Cuitláhuac.

Uno de los supervivientes de aquella emboscada fue el morisco Juan Garrido, quien a pesar de ser moro y haber sido musulmán, como digo, era cristiano, y muy devoto de la misma imagen de la Virgen bajo cuya protección se había acogido Cortés antes de partir hacia América, y a la que siempre llevaba consigo en el Pendón de seda que le dieron al visitar antes de su partida el Monasterio de Guadalupe, en la Extremadura leonesa, no demasiado distante de la ciudad de Medellín, donde había nacido el conquistador.

En ese preciso lugar de la calzada de Tlacopan donde cayeron al agua y solo unos pocos pudieron salvarse en la Noche Triste, se instaló Juan Garrido una vez que Tenochtitlan se hubo rendido a los españoles, lo cual sucedió pasado un año y casi dos meses después, el 13 de agosto de 1521.

Antes de seguir contándote quien era Juan Garrido y cómo le conocí, estimado compañero de mi viaje, te contaré algo más acerca de esa imagen que trajo Cortés, o más bien de su devoción hacia la Purísima, pues ese es el nombre que habitualmente daban los españoles a la Virgen, al menos aquellos que le eran más devotos.

La imagen que dieron a Cortés en Guadalupe era de tamaño impresionante: casi tres metros de altura por dos y medio de anchura. El tejido sobre el que se bordó es el que llaman damasco, que se realiza con una trama que forman los tejidos, sobre la cual se borda lo que llaman urdimbre que lleva el dibujo.

En este Pendón, la urdimbre no está hecha de tela vegetal, sino de fibra animal: la de los hilos de proteínas con la que forman sus capullos las orugas de cierto tipo de mariposa, precisamente aquellas a las que se da el nombre de gusanos de seda, y que, en la fase que llaman de crisálida o pupa, en solo dos días forman un único hilo, que van enredando en torno a sí, de hasta mil quinientos metros de largo.

Las crisálidas implicadas en este proceso pierden la vida, pues si llegan a mariposas rompen el hilo, pero a cambio se llevan ellas, y no las moreras de que se alimentaron para extraer las proteínas, el nombre y mérito de producir la seda.

Normalmente, los damasquinados llevan el dibujo en una cara brillante, que es el anverso, y en el reverso queda otra imagen en color mate, es decir sin brillo, que si no está destinada a verse suele ser muy descuidada. En el caso del Pendón de Cortés, sin embargo, el reverso está igualmente cuidado, y lleva el escudo de los reinos de León y Castilla.

Ese prodigio de estampar dos imágenes distintas en ambos lados, y no simplemente el reverso de una en la otra, es técnica ejercida junto al Monasterio de Guadalupe, donde dieron el Pen-

dón a Cortés, por los bordadores de seda, fibra que, bien bordada con hilo metálico o pintada al óleo, fue aplicada sobre la tela de damasco para elaborar ese maravilloso Pendón.

Y si el propio Pendón es testigo de la devoción de Cortés y de los españoles hacia la que llaman Purísima -pues es a la Inmaculada Concepción a quien representa-, hallarás otra prueba de esa devoción en el hecho de que, para curar a los heridos durante el cerco de Tenochtitlan, diera Cortés el nombre de hospital de la Purísima a la casa que estableció con ese fin en la calzada del sur, la que lleva de Tenochtitlan a Iztapalapa.

Ese hospital, del que se dice que data de 1524, año de mi bautizo, ha llegado hasta tus días como el más antiguo de América, si bien ha perdido la primera parte de su nombre, quedándose con la segunda, pues de ser hospital de la Purísima Concepción y Jesús Nazareno, pasó a llamarse hospital de Jesús Nazareno y en tus tiempos se sigue llamando hospital de Jesús.

Lo mismo que se atendió a los heridos durante el cerco de Tenochtitlan, hubo quien tuvo la piedad de ocuparse después de los muertos, y no solo por dedicar misas para alcanzar el perdón de sus pecados, sino por devolver a la tierra los restos de sus cuerpos.

Y aquí es donde, estimado viajero, vuelvo a contarte del morisco Juan Garrido, quien regresó al Puente de Alvarado tras la rendición de Tenochtitlan. Allí, además de recoger los restos de los muertos de ambos bandos para enterrarlos en un camposanto que fue el primero de México, contrató a una cuadrilla de trabajadores indígenas e inició la construcción de una iglesia en terreno del que se hizo propietario.

Mi tío Juan Bernardino y yo, junto con un grupo de hombres de nuestro pueblo, Cuautitlan, conocíamos al indio Pedro, que como he dicho era siervo de Juan Garrido, y trabajamos con él en la construcción de esa iglesia que se había de llamar de san Hipólito, ya en el año 1524 en que yo y mi tío Juan nos bautizamos. Allí fue donde por primera vez contemplamos ambos el Pendón de Cortés con la imagen de la Virgen de Guadalupe, y nos familiarizamos con ella y con la devoción que le tienen Cortés y sus compañeros.

Aunque mi amable compañero de viaje pueda pensar que todas las cosas que le cuento proceden de lo que he aprendido en el tiempo de mi vida y de las personas con que he convivido en este tiempo, me parece oportuno advertirte desde ya de que no es así, antes de que te sorprendas al ver que menciono asuntos que no he podido saber por esos medios.

Y para que mi amable interlocutor comprenda mi conocimiento de asuntos que en tiempo de mi caminar hacia el Tepeyacac no eran pasados, le daré una explicación no desprovista de enigma, y es que soy un hombre que vive en el presente. Como todos, claro, pensará quien presencia mi viaje con la más lógica de las reacciones.

Fíjese mi acompañante, si me permite la aclaración, que muchos hombres parecen vivir en el pasado, o al menos pendientes de repetir el legado de sus antepasados; y muchos parecen vivir en el futuro, o al menos pendientes de lo que va a suceder, o de lo que pueden conseguir, y no de esa vida que tienen en sus manos. De modo que se puede dejar escurrir el presente sin vivirlo.

Entre los nahuas, es decir los pueblos habitantes de esta cuenca que en su tiempo llaman México, muchos parecen vivir en el pasado, pendientes de conservar ritos y tradiciones de épocas pretéritas.

Algunos de estos ritos y tradiciones son hermosos, como ese poema que recito mientras camino y con el que doy gracias al Dador de la vida por las flores; pero otros son terribles, como me recuerda este cerro de las Peñas Oscuras, regado cada año con sangre de niños elegidos por tener remolinos en el pelo, y sacrificados tras pasar toda una noche llorando como si ello tuviera el poder de garantizar la lluvia futura. Así que, a mi modo de ver, ambos extremos, el de vivir del pasado o pendientes del futuro, tienen semejanza, pues los que confían en el pasado temen al futuro.

Entre los españoles, al menos los que por aquí se dejan ver, son más los que quieren vivir en el futuro, sacrificando la vida presente a lo que esperan conseguir. A eso lo llaman progreso. Así la destrucción de Tenochtitlan, hace casi once años, la suponen garantía de que no se repitan aquellos ritos terribles que la humanidad no debe aceptar. Y por eso viven ahora sumidos en tristeza y pesar los



Theravter Lowenslern del. 18 Jul. 1836.

Lanta. 104.

HERNAN CORTEZ.

D'après le portrait original conserve dans l'hospital de la purissima concepcion de Jesus à Mexico.

pueblos de Anáhuac, que no significa otra cosa sino la tierra que del agua (*atl*) está cerca (*nahuac*).

Hecha esta precisión, mi amable compañero de viaje, te hablaré de cómo el morisco Juan Garrido quiso dedicar la iglesia al santo en cuya festividad se produjo la rendición de Tenochtitlan, aquel 13 de agosto de 1521. Y la mención de esta fecha me servirá también para hablarte de cómo contamos el tiempo en esta tierra, pues el acontecimiento que supuso el cambio de un gobierno por otro, quedó reflejado en el cómputo del tiempo de unos y otros, y gracias a ello podemos pasar las fechas de un calendario al otro, no sin dificultad y, en mi caso, gracias a mi vivir en el presente.

En el calendario de los pueblos nahuas aquel 13 de agosto de 1521 fue el primer día del décimo mes, en el que se hacían sacrificios al dios del fuego, simbolizado con un alacrán, sacrificios que culminaban matando al hombre que representaba al dios-alacrán cuando se llegaba al final del ciclo de 52 años que en nuestro calendario constituye un siglo. Con ese sacrificio humano, como con tantos otros, se pretendía supuestamente conseguir que los dioses no abandonaran a su suerte a los hombres.

El año que corría en ese décimo mes que empezó con el día de la rendición de Tenochtitlan era en nuestro calendario el tercero de los trece que tomaban su nombre de la palabra casa, que en nuestra lengua se llama *calli*. Estos años no se seguían el uno al otro, sino que se alternaban con otros 13 que tomaban sus nombres respectivamente del cuchillo de pedernal, llamado *técpatl* en nuestra lengua; del conejo llamado *tochtli*; o de la caña, llamada *ácatl*.

Para que mi amable acompañante se haga una idea de cómo se alternaban esos trece años en grupos de cuatro, le haré una lista de los años ocurridos desde la llegada a América de Cristóbal Colón hasta el que ahora vivimos:

El año 1492 era en nuestro calendario el año 13 pedernal.

Un año después, en 1493, se contaba nuestro año 1 casa.

En 1494, el año 2 conejo.

En 1495, el año 3 caña.

En 1496, el año 4 pedernal.

En 1497, el año 5 casa.
En 1498, el año 6 conejo.
En 1499, el año 7 caña.
En 1500, el año 8 pedernal.
En 1501, el año 9 casa.
En 1502, el año 10 conejo.
En 1503, el año 11 caña.
En 1504, el año 12 pedernal.
En 1505, el año 13 casa.
En 1506, el año 1 conejo.
En 1507, el año 2 caña.
En 1508, el año 3 pedernal.
En 1509, el año 4 casa.
En 1510, el año 5 conejo.
En 1511, el año 6 caña.
En 1512, el año 7 pedernal.
En 1513, el año 8 casa.
En 1514, el año 9 conejo.
En 1515, el año 10 caña.
En 1516, el año 11 pedernal.
En 1517, el año 12 casa.
En 1518, el año 13 conejo.
En 1519, el año 1 caña.
En 1520, el año 2 pedernal.
En 1521, el año 3 casa, como ya hemos visto.
En 1522, el año 4 conejo.
En 1523, el año 5 caña.
En 1524, el año 6 pedernal.
En 1525, el año 7 casa.
En 1526, el año 8 conejo.
En 1527, el año 9 caña.
En 1528, el año 10 pedernal.
En 1529, el año 11 casa.
En 1530, el año 12 conejo.
Y en 1531, el año 13 caña, como también habíamos visto.

Estas series de 13 años utilizaban en su denominación cuatro de los llamados signos diurnos o arquetipos, que eran los nombres que recibían los 20 días de cada mes. De esta forma, pasaban 52 años, es decir cuatro por trece, antes de que un año recibiera de nuevo el mismo nombre que uno anterior.

Este calendario con un siglo de 52 años lo hemos heredado los pueblos nahuas, según se dice, de otros pueblos llamados mixtecas —asentados en los Estados en tu tiempo mexicanos de Guerrero, Oaxaca y Puebla, es decir, al sur de la Cuenca central de México—, o al menos desde el presente puedo decirte que aquellos pueblos, de cuya existencia consta desde 1.500 años antes de Cristo, fueron contemporáneos de la cultura que construyó la gran ciudad de Teotihuacan, que los nahuas encontraron ya abandonada.

Ya que he traído a la consideración de mi amable compañero de viaje el calendario de 52 años con que se vivía en estas tierras, puedo añadir que es semejante en parte, y en parte diferente, al calendario seguido por otro de los grandes pueblos de esta tierra mesoamericana, que es el de los mayas, que denominaban los grupos de 13 años usando también cuatro arquetipos, pero diferentes, pues eran el venado (al que ellos llaman *manik*, mientras que los nahuas lo llamamos *mázatl*), la hierba (a la que llaman *eb*, mientras que los nahuas la llamamos *malinalli*), el movimiento (al que llaman *cabán*, mientras que los nahuas lo llamamos *olin*) y el viento, al que los mayas llaman *ik* y los nahuas *ehécatl*.

Puesto que te veo interesado en las culturas originarias de esta tierra, te hablaré, mi amable compañero de viaje, del calendario usado por el otro grupo importante de indígenas que han llegado hasta tus tiempos, que son los zapotecas, que habitaron tanto en las tierras donde te dije que vivieron los mixtecas como en el altiplano de la Cuenca de México.

En el calendario que los zapotecas llamaban Iza, usaban los mismos arquetipos que los mayas, viento (en su lengua *laa*), venado (*china*), hierba (*piya*) y movimiento (*xoo*), hasta el siglo IX, cuando adoptaron los signos diurnos nahuas.

Vuelvo ahora a aquel 13 de agosto de 1521 y al morisco Juan Garrido, que quiso conmemorar la fecha construyendo una igle-

sia en la calzada de Tlacopan. Para los cristianos, la fiesta religiosa del 13 de agosto era la de San Hipólito y San Casiano, y a ellos se dedicó la iglesia, que hasta tus tiempos se conoce por esos nombres.

Allí se tomó por costumbre celebrar la fiesta del Pendón, llevando por las calles la imagen de la Purísima que Cortés había recibido como regalo en Guadalupe y que le había acompañado en sus expediciones, incluida la de la Noche Triste.

Y si bien relato en pasado la evocación de la Noche Triste como cosa no vivida por mí, es diferente lo relativo a la construcción de la iglesia de San Hipólito y la celebración que yo mismo vi de la fiesta del Pendón, y de cómo veíamos en él la imagen de la Inmaculada vestida con un traje rojo y con una capa azul que le cubría la cabeza.

En el hospital de la Purísima, puedo contar a mi amable compañero de viaje viviendo en el presente, se conservaba un retrato de su fundador, que no era otro que Hernán Cortés, realizado en vida del conquistador, y que aún en 1836 pudo copiar en dibujo el conde austríaco Isidore Löwenstein.

Dicho retrato lleva las auténticas armas del escudo que su rey Carlos V otorgaría tras la conquista a Cortés, y que no son las de Castilla y León que podíamos contemplar y sigue llevando su Pendón en el reverso del que lleva la efigie de la Purísima.

Mejor dicho, corregiréme para decir que el blasón de Cortés conserva solo de aquellos cuatro cuarteles leoneses y castellanos un león en su parte inferior izquierda. Encima de ese animal rampante, el castillo ha sido sustituido por el águila bicéfala del Sacro Imperio Romano, para nada germánico y menos en este caso; a su derecha, el otro castillo es ahora la ciudad de México, rodeada por el agua del lago de Texcoco; y sobre él, el segundo león ha sido sustituido por tres coronas, que representan a los tres reyes vencidos por Cortés.

Estos tres reyes fueron los últimos reyes independientes de Tenochtitlan, que en nuestra lengua se llamaban *huey tlatoani*: Moctezuma II; Cuitláhuac, el que le emboscó en la Noche Triste, muerto por la viruela traída por los españoles; y el que rindió Te-

nochtitlan, Cuauhtémoc, cuyo nombre casi a modo de premonición significa el águila que descendió.

Si toda la ruina de Tenochtitlan fue motivo de tristeza para los mexicas, particularmente lo es el caso de Cuauhtémoc, pues tras rendirse Cortés no evitó que lo torturaran para tratar de hallar los tesoros que, por haber sido arrojados al lago, ya no se pudieron recuperar, y aunque lo dejó después, cojo y herido como estaba, seguir siendo *huey tlatoani*, finalmente lo ahorcó tras recibir denuncias de que conspiraba para matarlo.

Para cuando esto sucedió, en 1525, yo ya estaba bautizado, y pude saber que el propio Cuauhtémoc, antes de morir, se bautizó y tomó el nombre de su padrino, el mismo Hernán que lo condenaba, así que quizá en ello puedas ver una simple paradoja o aún más la nobleza de los hombres de mi tiempo que, aun enfrentados y dándose muerte, justa o injusta, respetaban el nombre de su adversario.

En mi camino se encuentra *Mexico* Tlatelolco, la ciudad del gran mercado, representada por un montón de arena, ya que está edificada sobre el lago. En mi idioma náhuatl, como todas las palabras, *Mexico* es llana, y la equis que los españoles convierten en jota es el sonido que los ingleses escriben “sh”.

Al mercado de Tlatelolco aún hoy día lo llamamos *tianquiz* (en náhuatl la zeta suena siempre como la ese). La centralidad del *tianquiztli* en la vida se representa con un glifo que incluye asientos para comerciantes separados por caminos que llevan al interior de una flor.

Mi interlocutor ya conoce el signo “tl”, presente en el nombre de nuestra lengua náhuatl, y que se parece a la te por articularse con la lengua más atrás de los dientes, pero se diferencia de ella en que no es oclusiva sino africada, igual que la “sh” —escrita x— o la “ch” (que se escribe y pronuncia igual que la española).

Hoy no voy al mercado de *Mexico* Tlatelolco, sino a la prédica que se celebra los sábados para los nativos y a la que yo asisto desde antes de mi bautizo en el año de 1524, hace ya más de siete, así que mi camino me lleva hasta el centro de *Mexico* Tenochtitlan,

donde los españoles tienen su ciudad reservada, a la que llaman Traza.

Traigo además un recado de mi tío Juan Bernardino para un religioso que es el jefe de los franciscanos y que se llama Fray Martín de Valencia, por lo que muchos piensan que es de la gran ciudad cabeza del reino que lleva ese nombre, aunque en realidad es de un lugar mucho más pequeño, llamado Valencia de don Juan, en León.

De buena gana hubiera venido conmigo hoy mi tío, al igual que fuimos juntos ayer a Tenochtitlan para celebrar precisamente la fiesta de la Purísima. Y fue tan grande nuestro gozo al ver en esa fiesta el Pendón con la imagen de Guadalupe, que aún me dura la alegría y hace que no sea para mí esta noche tan triste como lo es para tantos de mis hermanos de nación que aún no conocen a la Madre del Dador de la vida y su hermoso retrato. Quizá si me has visto andar antes de dirigirte la palabra, amable compañero de viaje, te habrás dado cuenta de que iba hablando, y pensarás que hablaba solo, pero no es así, sino que voy conversando con aquella a la que llaman Purísima, mientras recuerdo su retrato que recién ayer pude contemplar.

Aún te confesaré que entre mis connacionales algunos piensan que me llamo Águila que habla porque hablo solo, y es que desde niño he tenido la costumbre de saludar al Dador de la vida y conversar con él, al igual que hacía respecto a las flores del camino cuando me viste llegar. Y así lo acostumbro ahora a hacer con su amable Madre, desde que sé que la tiene, y pues me parece que se honran las personas grandes en ver que se trata con afecto a su madre.

Y puesto que te hablo de mi tío, te diré también que habitamos en Tulpetlac, pueblo que ni siquiera tiene glifo, ya que es parte de otro superior, llamado Ecatépec que se traduce por Cerro del Viento, representado por el ave símbolo del espíritu del viento (Ehécatl) sobre el símbolo o glifo del monte.

Mi tío Juan Bernardino vive, como te digo, amable viajero, en nuestra morada de Tulpetlac, que lo es en realidad de mi amada esposa Lucía, quien ya no vive con nosotros. Gracias a ella los dos

contamos con la compañía de nuestra hija Veinteflores, *Cempa-xóchitl* (“Sem-pa-shó-chith”, donde *cempa* es el número veinte y *xóchitl* significa flor).

Ya que he presentado a toda mi familia, me llega el punto de hablar del momento en que recibí el nombre de Juan Diego, y que no fue otro que mi bautizo, cuando contaba medio siglo de los españoles y casi uno de nuestro calendario, ese que se reinicia cada 52 años.

Hoy es 9 de diciembre de 1531 y cuento por tanto 57 años de esta vida, por la cual doy gracias a Aquel a quien hace referencia la poesía:

Con flores escribes las cosas, ¡Oh Dador de la vida!

Para quien aún cuenta el tiempo según el calendario solar de los pueblos nahuas, que tiene 360 días —separados en 18 meses de 20 días—, más cinco días sueltos e inhábiles a los que llaman *nemontemi*, hay que tener en cuenta que en la serie de 13 años llamados caña (en realidad carrizo, es decir, caña borda o cañavera, distinta de la cañabrava originaria de Asia), de la que este precisamente es el último (13 caña), los días comienzan a contarse a mediodía.

Así pues, el día que corresponde con este 9 de diciembre de 1531 del calendario juliano (el instituido por el emperador romano Julio César, y que los españoles seguían usando como por entonces, en resto del mundo considerado cristiano), el 13 del mes 14 (que los mexicas dedicaban al espíritu que consideraban su protector, Huitzilopochtli), aún está por comenzar y a esta hora de la mañana está terminando el día 12.

Menciono a mi amable acompañante este detalle acerca del cambio de día porque, para quien está acostumbrado a él, como es mi caso, significa que hasta el mediodía de este que para los españoles es el 9 de diciembre, aún sigue resonando para mí con especial intensidad la solemnidad con que se celebra, en el día anterior, o sea el 8 de diciembre, la fiesta de la Purísima, pues este día 12 del mes 14 que aún dura ha sido también el día de la festividad. Y puesto que, como sabe mi acompañante, es tan principal la fiesta de la Purísima en este Reino, comprenderá que desde que

he aprendido a acogerme a su protección, me resulta menos triste el momento y menos oscura la noche.

El que los meses de este calendario de los pueblos nahuas sean de 20 días tiene que ver con la duración del mes lunar; pero el que los años se agrupan en series de 13 tiene que ver con el conocimiento que los astrónomos de nuestros pueblos tienen de los ciclos de otro planeta: Venus, y en su relación con la Tierra y la Luna. Y es que cada 8 años terrestres equivalen a 13 años de Venus, es decir, a sus revoluciones alrededor del Sol, y a 100 revoluciones de la Luna alrededor de la Tierra.

Esto permite a los conocedores de esta relación anticipar las ocasiones en que Venus se interpone entre el Sol y la Tierra, aunque no pueda llegar a eclipsar la visión del astro rey desde nuestro planeta. A estas cinco ocasiones, con un intervalo de 584 días, en que la Tierra y Venus se alinean a lo largo de ocho años terrestres y 13 venusianos se les llama también ciclo sinódico de Venus.

Estos conocimientos pueden ayudar a unos a preguntarse por la armonía establecida en el cosmos por el Dador de la vida, algo que sin duda han hecho siempre todos los sabios cuando se dan cuenta de la imposibilidad de que ciertos eventos sucedan por casualidad... Pero a otros les sirven para fingir que son capaces de adivinar eventos que nada tienen que ver con las alineaciones de los planetas.

En nuestras culturas nahuas, como en todas, aunque la mayoría de las personas y de los sabios concluyen de lo que conocen que es mucho más lo que desconocen, y mucho más poderoso y armonioso quien creó el mundo que quienes lo contemplamos, ha habido también algunos que se han creído dotados de poderes derivados de sus conocimientos astrales.

Y así algunos consiguieron de quienes ignoraban la armonía del universo, que lo mismo que aceptaban la superioridad y sapiencia del que sabe prever esos fenómenos, aceptaran cualquier explicación que el sabio les diera sobre el origen del movimiento de los planetas y se resignaran incluso a someter sus vidas y las de sus seres queridos y compañeros de sociedad a lo que les pidieran

aquellos manipuladores de la realidad en la supuesta creencia de que aquello serviría para mantener en movimiento el universo.

Sobre este punto, cuando digo a mi interlocutor que vivo en el presente, me refiero a que puedo dirigirme a él sabiendo las mismas cosas que él puede saber, y así entre estas relativas a los astros, y en particular a las alineaciones entre el Sol, Venus y la Tierra, me referiré a las que en su tiempo denominan conjunción interior, que son los períodos de ocho días en que la órbita de Venus se cruza entre la Tierra y el Sol, aunque solo en raras ocasiones pasa precisamente —según se la vería desde la Tierra— por delante del disco solar. Digo que se vería desde la Tierra, pero en realidad no se ve, a no ser que se disponga de artilugios que impidan que el Sol ciegue la vista.

Como te he dicho, en esta tierra de Anáhuac había sabios que conocían el ciclo sinódico de 584 días entre las conjunciones de Venus, y hay quien supone que algunos de ellos relacionarían la aparición de Venus como estrella de la mañana que precede a la salida del Sol por oriente con los augurios que hablaban del regreso del dios Quetzalcóatl, al que a su vez habría quien vería representado en Cortés.

En todo esto nada había de cierto, y digo al vivir en el presente que es algo que tú mismo puedes comprobar, de modo que yo solo te apporto una reflexión sobre el por qué sucedieron esas manipulaciones, que a mi entender, insisto, no tienen más razón de ser que el afán de dominar a las personas asegurándoles que aquello que sucede, y que en realidad nadie puede prever, sí lo habían previsto los adivinos, que echan mano de augurios imprecisos que lo mismo sirven para confirmar lo que sucede que su contrario.

Y es que después de cada conjunción interior, tras cruzarse entre la Tierra y el Sol, y antes de que su órbita quede detrás del astro rey, durante un período de 263 días —después de los ocho en que es invisible por estar colocado entre la Tierra y el Sol—, Venus aparece cada amanecer antes que el Sol, primero durante solo unos segundos, pero al final de ese período durante casi tres horas.

Así, quien quiera augurar que algo sucederá desde Oriente, tiene en ese período su momento ideal, pasado el cual tiene lugar la conjunción superior, que es el período en que de nuevo no se ve a Venus, pero esta vez porque está detrás del Sol y durante 50 días, al que sigue un nuevo periodo de 263 días en que Venus se ve de nuevo, pero al atardecer.

Y por lo mismo que ese período sería adecuado para asegurar que la presencia de Venus augura algo que sucederá desde Occidente, ante un auditorio propenso a ser manipulado, el supuesto adivino, una vez que se manifiesten señales de que algo sucede, lo mismo le da que sea en Occidente cuando Venus es estrella de la mañana o en Oriente cuando lo es vespertina, que al revés, pues siempre podrá argumentar que desde un momento que solo él conoce, el sentido de los augurios venusianos ha cambiado, indicando que cuando está en Occidente suceden cosas por Oriente y viceversa.

De todos modos, y por si aún le interesara a mi amable acompañante conocer algo de lo que está a su alcance saber y no lo está en el tiempo en que hablo para mí, le señalaré que hay unas conjunciones interiores —esas en que Venus se cruza entre la Tierra y el Sol—, donde nuestro astro vecino sí eclipsa en pequeña medida al astro rey, es decir pasa por delante de su disco visto desde la Tierra, y esas conjunciones que se llaman tránsitos pasan —o para ser exacto pasaron— tres veces cada 243 años.

El ritmo de esos tránsitos, como he dado a entender a mi amable interlocutor de cuya paciencia abuso, cambió tras el más reciente de ellos para mí, que fue el sucedido el 25 de mayo de 1526. Así que, digo yo, si las desgracias sufridas por el reino de los mexicanos y los demás pueblos de Anáhuac o incluso de toda América, hubieran estado inscritas en las conjunciones o los tránsitos de Venus, quizá estos deberían haber sucedido o cambiado su ritmo entre 1519, cuando Cortés llegó a México, y 1521, cuando la capital mexicana se rindió al conquistador. Pero no fue así.

Es más, para completar mi explicación, que podría acercar a mi paciente compañero de viaje algunos conocimientos que él mismo tiene a mano y que no tenía yo en el momento de mi relato, preci-

saré que los tránsitos anteriores a 1526 sucedían en series de tres cada 243 años, pero no desde siempre, sino solo desde un millar de años antes, por lo que eran mucho más difíciles de prever.

Por si mi acompañante siente que de toda esta historia de conjunciones y tránsitos pudiera salir algo útil, le provocho la molestia de anotarle que en concreto entre los años 546 y 1526 los tres tránsitos de cada ciclo se separaban entre sí, respectivamente, por 121 y medio, ocho y 113 y medio años.

El de 1526 fue el último tránsito de Venus que se separó del anterior (ocurrido el 26 de mayo de 1518) por ocho años, tal como correspondía, es decir, sin que la inminente conquista de México por Cortés pareciera a los astros o a quien los rige razón suficiente para cambiar el ritmo de los paseos de Venus entre la Tierra y el Sol, por mucho que ese planeta, como digo, fuera relevante en la visión del mundo de los pueblos de Anáhuac.

Con todo esto, amable acompañante, quizá veas una ironía poco propia de las personas de esta tierra, y más aún si yo la ejerciera criticando a las personas de mi propio pueblo. Pero no es así. Yo me limito a aportar los datos exactos sobre asuntos que muchos consideran como capaces de influir en los acontecimientos de la vida. Yo en las adivinanzas no entro, solo hablo fuera de mi tiempo de los datos que conocéis en el tuyo y que pueden servir para contrastar lo que dicen quienes prestan oídos a los adivinos.

Y por si quieres saber y comprobar cuál es el nuevo ritmo que adquirirán las conjunciones y tránsitos venusianos, tú mismo puedes comprobar que el siguiente al de 1526 no sucedió pasados los 113 años y medio que le hubieran correspondido después de esa fecha, sino con un nuevo ritmo de 105 y medio que en adelante se alternaría con los ya conocidos de 121 y medio y de ocho, pero ya no en series de dos largos y uno corto, sino siguiendo siempre el de ocho años a uno de los ciclos largos, por lo que se rompe, como dije inicialmente, el ciclo de 243 años para la serie de tres tránsitos, que desaparece para dejar paso a una alternancia de series de dos tránsitos que duran, respectivamente, 113 y medio y 129 y medio años.